

Si en la palabra hablada cupieran los variados tonos musicales, habría que acudir al más dulce, al más puro, al más delicado, para hablar de Miguel Costa y Llobera, alta gloria de Mallorca, la "Isla Dorada", en donde se mecía su cuna. Vistió el traje sacerdotal, como Verdaguer, y después de una vida de austeridad apostólica, murió en el puesto avanzado que le correspondía, esto es, en la cátedra sagrada. Al terminar un sermón, se desplomó en el púlpito tan súbita y suavemente, que el público creyó que se había postrado a orar: era que su alma había volado al seno del Señor. De esta hermosa manera terminó su peregrinación por el mundo aquel poeta místico cuya musa apenas tocó con sus pies la tierra, sin mancharse con el fango de sus pasiones (*Epistolario*, pág. LXVIII).

Me place poder terminar con los párrafos finales de Rubió y Lluch de su *Estudio Preliminar*, fechado en Barcelona el 6 de julio de 1926 a los cuatro años de la defunción de Costa, densa introducción al volumen MIGUEL COSTA Y LLOBERA, *Horacianas visiones de La Palestina*, traducción castellana del colombiano José Vargas Tamayo, S. J., Barcelona, G. Gili, 1928. Termina la descripción de su muerte repentina, y los rasgos culminantes de su personalidad, en la que se hermanan a maravilla la perfección helénica del escritor con el ideal más puro y perfecto de la vida sacerdotal, con estas sentidas y acertadas expresiones:

La invitación del traductor me permite hoy dar carta de ciudadanía colombiana al Horacio catalán, y unir de nuevo mi modesto nombre al del glorioso poeta — tan admirado por Ortiz, por Caro, por R. J. Cuervo, por Gómez Restrepo — como han estado siempre enlazados nuestros corazones con los suaves vínculos de un fraternal afecto durante casi medio siglo. Invitación dichosa y oportuna que me proporciona asimismo la satisfacción de renovar el tributo de mi viejo afecto, deshojando estas humildes páginas a manera de manojos de siemprevivas sobre la tumba del añorado amigo, que apenas cerrada, despedía ya

OLOR DE SANTIDAD.

BARTOLOMÉ TORRES GOST.

En *Cultura*, Suplemento semanal de Letras, Arte y Pensamiento de *Diario de Mallorca*, 26 de marzo y 9 de abril de 1983.

L A S R E L A C I O N E S ENTRE COLOMBIA Y CATALUÑA

Epistolario de Miguel Antonio Caro y otros colombianos con Joaquín Rubió y Ors y Antonio Rubió y Lluch. Edición, presentación y notas de Mario Germán Romero. Prólogo de Eduardo Guzmán Sponda, Bogotá, 1982.

EXCELENTE EPISTOLARIO

Entre las publicaciones del Instituto Caro y Cuervo de Bogotá, descuella la serie de epistolarios del Archivo Epistolar Colombiano, en la que ocupa el número XVI el presente volumen — de más de quinientas páginas — dedicado a la correspondencia de Miguel Antonio Caro y otros colombianos con Joaquim Rubió i Ors y Antoni Rubió i Lluch. Hay que señalar la excelente presentación tipográfica de la colección y la escurpulosidad que se observa en los comentarios y las informaciones bibliográficas. El mérito pertenece en buena medida a la preparación y precisión de Mario Germán Romero, al que se debe la edición de ocho de los dieciséis tomos que hasta el momento integran la serie de dichos epistolarios.

Sería ocioso insistir en la excepcional importancia que para la historia, más o menos íntima, de la cultura catalana reviste el presente *Epistolario*. Nadie ignora, en efecto, la curiosísima sucesión de hechos o circunstancias que dieron origen, desde el último cuarto de siglo pasado hasta los comienzos de nuestra guerra civil, a una intensa comunicación cultural entre la literatura colombiana y no pocos representantes de las letras catalanas — y, en general, españolas — cuyo recuerdo aún persiste, en virtud de vínculos familiares, hasta nuestros días. Baste leer el discurso de gracias — incluido en este volumen — pronunciado por el mantenedor Antonio Gómez Restrepo en los Juegos Florales de la Lengua Catalana que se celebraron en Bogotá en 1945: hay en él una síntesis de las razones de aquella especie de simbiosis espiritual.

Fue, como se sabe, Joaquim Rubió i Ors (1818-1899) quien abrió el horizonte, ampliado luego y mejor definido por su hijo Antoni Rubió i Lluch (1856-1937) desde su cargo de cónsul de Colombia en en Barcelona. Con todo, dichas circunstancias no gozan hoy de la divulgación que les corresponde. Ni siquiera — ojalá me equivoque en mi dictamen — suelen registrarse en los esbozos biográficos de ambos personajes. Nos hallamos, sin embargo, ante unos hechos que merecerían con mayor intensidad la atención de los estudiosos y postulan,

sin duda, toda la dedicación que se presta, por ejemplo, a una memoria universitaria de licenciatura.

Suponen, en efecto, una expansión de nuestra literatura en una zona — la iberoamericana — escasamente propicia, por diversos motivos, a la percepción y comprensión de la historia, el alma y la realidad de Cataluña. Gracias al rigor y continuidad de aquellos contactos, de aquellos «lazos de confraternidad» invocados por Antonio Gómez Restrepo, llegaron a ser en Colombia nombres familiares, a través de estudios o traducciones, las más ilustres figuras de la literatura catalana: Verdaguer, Guimerá, Miquel Costa, Joan Alcover, Maragall. Tratábase hasta hoy, en su conjunto, de noticias, referencias y memorias inconexas, imprecisas, casi pertenecientes a la historia oral. El valioso *Epistolario* que ahora nos ocupa, extendido sobre un período de más de medio siglo — de 1881 a 1936 —, puede representar la mejor contribución al estudio serio y sistemático de aquellas relaciones.

Estas se encuadran felizmente en aquella época en que el oficio de la correspondencia epistolar era todavía un arte y un quehacer social. Y, por supuesto, un suplicio o, como escribía Antoni Rubió i Lluch a Antonio Gómez Restrepo, en 1923, una «pesada carga que me roba días enteros». De aquí la doble vertiente, familiar y cultural, que caracteriza la mayor parte del centenar de cartas reunidas en el presente *Epistolario*. Como es norma — o debiera serlo — en la publicación responsable de todo epistolario, se incluyen, debidamente clasificadas, las cartas escritas y recibidas por cada uno de los correspondientes: obtenemos, de esta forma, una visión bastante aproximada de dos áreas geográficas muy distantes, la colombiana y la catalana — sin olvidar, a menudo, la peninsular —, en su vida cotidiana y en sus proyectos o manifestaciones de tipo cultural, literario, político, histórico e incluso económico.

La correspondencia más nutrida es la intercambiada entre Miguel Antonio Caro, fallecido en 1909, y Joaquim Rubió i Ors y Antoni Rubió i Lluch. La de éste se extiende, a partir de 1888, a otros colombianos de indudable relieve literario o político: José M. Rivas Groot, Antonio Gómez Restrepo, Enrique W. Fernández y Víctor E. Caro (hijo de Miguel Antonio Caro). Sólo las cartas expedidas por los tres últimos no aparecen en la colección que nos ocupa. Por supuesto, para conocer las raíces de este intercambio colombiano-catalán son indispensables las cartas de Rubió i Ors. Con todo, es casi seguro que el lector de hoy ponga su prelación en las de Rubió i Lluch, tanto por su dimensión humana como por sus aspectos culturales: desde el tema de los catalanes en Grecia o las dramáticas horas del 6 de octubre de 1934 en Barcelona hasta los juicios sobre diversos escritores o acerca de su propio hijo (Jordi Rubió y Balaguer), «uno de los jóvenes más cultos de la actual generación catalana».

No seríamos justos si no mencionáramos los importantes apartados complementarios de este *Epistolario*: los apéndices (uno de ellos formado por la relación, sin duda muy trabajosa, de los artículos publicados por Rubió i Lluch en la prensa colombiana) y, en otra esfera, el preliminar « Revuelo epistolar » escrito por Eduardo Guzmán Esponda, a ruegos de José Manuel Rivas Sacconi (hijo de José María Rivas Groot), Presidente Honorario del Instituto Caro y Cuervo y actual Embajador de Colombia ante la Santa Sede. Como es fácil colegir ante tan valiosas colaboraciones, nos hallamos ante uno de estos volúmenes que marcan un hito en el desarrollo de nuestra investigación cultural.

MIGUEL DOLÇ.

En *La Vanguardia*, 26 de mayo de 1983, pág. 45.

ESCLAVOS NEGROS EN CARTAGENA

NICOLÁS DEL CASTILLO MATHIEU, *Esclavos negros en Cartagena y sus aportes léxicos*. Publicaciones del Instituto Caro y Cuervo, LXII, Bogotá, 1982, xvi + 250 págs.

Publicado por el Instituto Caro y Cuervo, y con prólogo del Profesor de la Universidad de Valladolid (España) Germán de Granda, el escritor Nicolás del Castillo Mathieu hace entrega, para un mejor conocimiento de la historia de Colombia y de América, de un nuevo trabajo investigativo sobre temas de los que se viene ocupando, con mucho éxito, como son el del mercado negro en la época colonial, y el de la lexicografía, en sus distintas facetas y aspectos, concerniente al habla en la Costa Atlántica.

El libro *Esclavos negros en Cartagena y sus aportes léxicos* se compone de dos partes: la primera corresponde a la segunda de la obra del mismo autor *La llave de las Indias*, ganadora del premio de historia “Eduardo Santos” en 1981, que, como lo advierte el editor, “sirve de base indispensable para sustentar el análisis que conforma la segunda”, ésta sí inédita, y en la que suministra una serie de datos lexicográficos de sumo interés para el cabal entendimiento del significado de muchos términos aportados por los negros —traídos del África— al lenguaje costeño, muchos de los cuales son aún de frecuente y común uso en el litoral norte y en otras regiones del país.